

IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE TALAMANCA.

EL CRAJO ADORNADO CON PLUMAS DE PAVO.

Armand de Brevannes y Jorge de Herbouville eran primos; altos, bien formados, de una figura agradable, la naturaleza les había dotado igualmente de ventajas físicas; en cuanto á su educación, como hacían los mismos estudios, en el mismo colegio y bajo la dirección de los mismos profesores, parecía que no debía establecerse la mas pequeña diferencia; sin embargo, la había muy inmensa, lo mismo que por parte de la fortuna.

El padre de Jorge, hijo único, varón de una familia que se había ilustrado en la carrera de las armas, había llevado la espada como sus antepasados; pero con una fortuna mas que modesta; el único legado que le fué posible dejar á su hijo era una gran cantidad de honor y una reputación sin mancha; el ministro de la Guerra agregó á esto una plaza en un colegio real. M. de Herbouville tenía dos hermanas, con quienes la suerte se había mostrado menos rebelde con respecto á fortuna: la una, que había llegado á ser esposa de M. Brévannes el banquero, era la madre de Armand; la otra, que pasó á las Guadalupe en calidad de doncella, se había casado con un rico plantador llamado M. Dumessnil. Esta no gozó mucho tiempo del dichoso casamiento efectuado en su posición; al año de su matrimonio murió

si dar á luz á una hija, que mas tarde encontraremos con el nombre de Lucia.

La diferencia que hemos señalado entre Armand y Jorge era pues la única ventaja del primero; lo contrario sucedió con respecto á la educación, ó mas bien al provecho que habían sabido sacar. Jorge poseía un juicio sano, un talento lógico; sus conocimientos, aunque numerosos, no eran superficiales; todo lo que había lo había estudiado con profundidad y con conciencia; rara vez hablaba sin ser provocado; pero entonces se le entendía perfectamente; tan natural y agradable al mismo tiempo que sólida era su conversacion, en estilo florido, templado, elocuente; era notable por su pureza y claridad; en fin, una gran modestia, que casi se yaba en timidez, coronaba este conjunto de cualidades raras y preciosas.

Armand era todo lo contrario; tenía poco talento y menos ciencia, escribía mal y no hablaba mejor, y dotado de un gran fondo de vanidad, ambicionaba todos los premios sin hacer jamás nada para obtenerlos. Con todo esto los había alcanzado y había salido del colegio con cierta reputación, como si para adquirirla fuera preciso ser el discípulo mas indolente y perezoso de su división. Es un enigma, cuya solución encontrarán nuestros lectores si quieren reflexiones, que cada día suministra una prueba del hecho que vamos á contar.

Armand recibió por vía de regalos una porción de libros, ya amenos, ya instructivos, que leía muy poco; Jorge, que los hubiera leído mucho, no recibía ni uno, y como es natural, muchas veces envi-

dióla la dicha de su primo. Pero de toda su biblioteca la obra que más excitaba su curiosidad era una magnífica edición de las poesías de Lamartine. Armand, que conocía esta debilidad de su primo, sacó con destreza gran partido de ella en la distribución de premios: el día del concurso se colocó al lado de Jorge, y le dijo:

—Si quieres ser buen compañero para mí, te regalaré un Lamartine.

—Basta, respondió Jorge con avidez, no puedo rehuzarte nada: ¿qué exiges de mí?

—Poca cosa: baja un poco el brazo, abre tu diccionario y déjame copiar la composición.

—Pero me propone una traición!

—¿Qué importa?

—¿No conoces que obrando así podemos perjudicar á nuestros camaradas? Si por casualidad fuera buena mi composición...

—Espero que sea excelente, y que se llevará el premio.

—Bazon de mas sería hacer perder una plaza á aquel cuya composición siguiere á la mía.

—¿Es decir que rehuzas?

—No, acepto, respondió Jorge; pero quiero, ya que comelamos un fraude, que las consecuencias caigan sobre mí solo: toma mi composición, haz de ella lo que quieras; en cuanto á mí, me retiro del concurso.

¡Pobre y honrado niño! Las poesías de Lamartine le costaron un triunfo; su corazón debió palpar con mucha fuerza cuando en el solemne momento oyó salir de boca del profesor el nombre de su primo, y cuando le vio listo y alegre lanzarse hacia el estrado en medio de aplausos, mientras que el verdadero laureado permanecía confundido entre la multitud.

Esta costumbre que contrajo en el colegio la había encontrado muy favorable á su ignorancia, á su pereza, á su amor propio, porque en el mundo no hay naturalmente recursos para la ociosidad, y ésta no tardó en presentarse. Ya hemos dicho que Armand tenía una gran dosis de vanidad y de ambición; no le bastaba ser rico, quería ser considerado, desear laudable sin duda cuando se busca en la consideración el precio de sus estudios y de sus servicios. Un bonito destino, un título, una condecoración, eran el objeto de sus deseos; las circunstancias le sirvieron á su antojo: aun no tenía veinticinco años cuando fué llamado en calidad de secretario al lado de un amigo de su padre, nuevamente promovido á las funciones de ministro del Interior. Seguramente era un buen debut en la carrera administrativa; el camino se abría delante de él seguro y rápido; su porvenir dependía únicamente del celo y de la inteligencia con que desempeñase el delicado empleo que le habían confiado. Por desgracia el celo se aviene muy mal con un temperamento apático, la inteligencia con un talento mal cultivado, y Armand reconocía lo mismo que en el colegio su insuficiencia; pero no se inquietó lo más mínimo: le era conocido el remedio.

Jorge, huérfano y pobre, arrojado, sin apoyo, sin protector en un mundo en que la intriga y la calaña constantemente alerta, impiden por todos lados el camino al mérito. Jorge, desprovisto de desdoro y aplomado, menos ocupado en hacer valer su talento que en adquirir nuevos conocimientos, vivía con bastante estrechez del producto de algunas lecciones y de una modesta plata de copista en casa de un literato, gran autor de copulaciones. A Jorge pues se dirigió Armand; de este modo se granjeó razonables apuntes y un fuerte apoyo, cuya solidez conoció por experiencia; y entró con paso resuelto en un camino que no le ofreció ya ni dificultades ni obstáculos.

De este modo Jorge trabajaba, era el secretario de hecho; Armand recogía la gloria, era el secretario oficial. El ministro no sospechaba nada de este injusto tratado, que daba al uno el trabajo y á otro la recompensa; Jorge era demasiado leal para dejar de cumplir rigurosamente lo que consideraba como un deber; jamás salió de su boca una palabra indiscreta, y cuánto sufría su amor propio cuando algunas veces oyó prodigar á su primo los elogios que él merecía.

Armand encontró tan cómodo el procedimiento y tan satisfactorios los resultados, que su primo llegó á ser indispensable en todas las circunstancias pequeñas ó grandes, aun en aquellas que nada tenían que ver con sus funciones. De modo que se distinguió enteramente del cuidado de su correspondencia en la carta más interesante lo mismo que en el billete más trivial; solo una cosa le pertenecía, la firma. En fin, llegó á ser tan poderosa esta costumbre, que le fué imposible vencerla en una ocasión la más grave, la más importante de su vida; en la que nada en el mundo podía justificar ni aun excusar lo extraño de su proceder.

El padre de Armand desde la muerte de su cuñada mantenía correspondencia continua con M. Dumesnil, y aunque en ella se manifestaban los sentimientos más vivos de simpatía y cariño, no estaba desprovisto de interés. M. Dumesnil sabía perfectamente que la casa Brevannes y compañía figuraban con honor entre las primeras casas

de banco de París, y esto por su parte no ignoraba que M. Dumesnil, aun vendiendo al más ínfimo precio sus productos coloniales, podía realizar un capital de dos millones. El colono no tenía más hija que Lucía, Armand era hijo único del banquero: los dos padres, salvo el examen de las cualidades morales de los jóvenes, habían concebido al mismo tiempo un proyecto de union, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mutuamente se lo comunicaron.

Un día M. de Brevannes llamó á Armand á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucía hasta el momento poco distante en que él se pudiese en camino para Francia, acompañado de su hijo. Inútil es decir que Armand suscribió con gusto á un negocio, que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la mujer que le destinaban tenía sentimientos virtuosos, talento, buen corazón? Lucía era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacían, la belleza y las gracias de la joven criolla no dejaban nada que desear, ¿á qué pedir más? Con una mujer rica y bonita, ¿yo tengo una seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y de darse importancia en sus salones en medio de una porción de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegría fuese completa, el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podía considerar como un favor; pero en el que mirándolo más despacio, solo se veía una prueba impuesta por un padre prudente á su futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armand la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir ó descontento de la manera con que explicaba lo poco que se le ocurría. Ya empezaba á deliberar si le valdría más renunciar á las ventajas que le ofrecían, que cansarse en hacer una rosa superior á sus fuerzas, cuando exclamó de repente:

—¡Soy bien necio en atormentarme! ¿un tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confárselo á su primo, que esta vez no pudo menos de hacerle algunas objeciones.

—No te inquietes por nada mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, representate á Lucía como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Únicamente no resignaré á copiar tu trabajo en estas circunstancias; conviene que las cartas estén escritas de mi mano... ¿qué quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armand le había indicado, y llegó á hacerse tal ilusión, que no hubiera estado más elocuente si hubiera escrito por su propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras, en las cuales se complacía en prodigar todas las lisonjas de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de Lucía, en que se manifestaban los sentimientos más puros de un corazón cándido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono más apasionado, más persuasivo, sino que le parecía que su primo escribía muy de tarde en tarde, y no había razonamientos que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia. Bien pronto la llegada de M. Dumesnil y su hija le hizo conocer que era muy inferior á la realidad la opinión que había formado de la belleza y las virtudes de Lucía; pero Jorge, siempre leal para abogar de la confianza de su primo, y disimulando con cuidado lo que pasaba en el fondo de su corazón, jamás dejó traslucir ni en su lenguaje ni en sus maneras nada que no estuviese en armonía con un cariño razonablemente justificado por el parentesco.

Entre tanto Lucía, con ese tacto maravilloso que distingue á las mujeres, conoció al momento que existía gran diferencia entre los dos primos, y que esta no estaba en favor del que le destinaban por esposo. Lejos de dejarse seducir por ese lenguaje que en los salones indica talento y saber, prefería mucho al desdoro de Armand el modesto silencio de Jorge, y cansada bien pronto de las trivialidades que constituían el fondo de la conversación del primero, siempre renovaba con placer con el segundo conversaciones no menos sólidas que agradables. Lo que no podía comprender era que el hombre ruyos cartas había admirado tanto, afectase á su lado tanta ligereza de talento y de carácter.

—Quizá, decía para sí buscando la explicación de esta anomalía, sabiendo que mi padre veía su correspondencia, Armand se dignaría hacer en su obsequio un sacrificio de talento y de buen sentido, que hoy le parece inútil con un joven ignorante y trivial.

Pero esta explicación no bastaba á disipar las tristes prevenciones; que poco á poco se fueron apoderando del alma de la joven criolla.

En cuanto á M. Dumesnil no fué menor su desafecto á Armand; no había sido menor que el de su hija: las cualidades de Jorge no se habían escapado á su penetración; más de una vez sintió que la suerte no hubiera hecho de él el hijo del banquero, y de este el huérfano sin fortuna.

El padre y la hija, sin comunicarse el resultado de sus observaciones, tenían la misma idea de los dos primos, y los dos parecían haberse convenido en no acelerar la conclusión de un matrimonio, que había sido al principio el objeto de todos sus deseos.

Entre tanto el ministro confió á su secretario un trabajo de la mayor importancia: se trataba de un proyecto de reorganización, con el cual contaba para dejar un glorioso recuerdo del tiempo que se dedicó á los negocios. Armand recibió con las notas en donde estaban consignadas las opiniones de los mejores publicistas, instrucciones verbales sobre las razones en que había de apoyarse la que había preferido el hombre de estado. Estas notas, así como las instrucciones verbales, fueron como de ordinario puestas inmediatamente en manos de Jorge, solamente á fin de darse á los ojos de su primo cierta importancia. Armand le reprodujo los razonamientos del ministro, atribuyéndose todo el honor; de suerte que Jorge hacia pasar como perteneciente al secretario la opinión que había de prevalecer en el documento que tenía que redactar.

Pero sucedió que después de un estudio profundo, Jorge vió de repente surgir en su cabeza una idea nueva, distinta de todas las que tenía delante, y en particular de la que tenía encarga de hacer triunfar. Esta idea, largo tiempo examinada, debatida, meditada; le pareció á una justicia tan evidente, y en su aplicación entreveía resultados tan fecundos, que no pudo resistir á la idea de esplanarla. Cada vez mas convencido, concluyó por sustituirla á la que Armand le había recomendado, y dirigió en su favor todas las conclusiones del proyecto: tenía tanto menos escrúpulo de conciencia, cuanto que creía hacer á su primo un señalado servicio.

El ministro, al enterarse del trabajo de su secretario, se sorprendió al ver truncado su plan, y sus argumentos refutados con una lógica tan concluyente. Herido en su amor propio, se dejó llevar en un principio por un movimiento de despecho, y después de llamar á Armand á su gabinete, le dijo con un tono muy irónico que se iba á dar prisa á ofrecer al rey su dimisión en favor de un secretario que tenía pretensiones de saber mas que él. Esta salida, que estaba muy lejos de esperar, aterró al desgraciado Armand, que vió de repente destruirse sus esperanzas. Se retiró sin balbucear una excusa, y corrió á pagar á Jorge con usura el responso que acababa de recibir.

—Creí hacerlo bien, respondió Jorge; ¿podía adivinar que combatía la opinión del ministro? Si no me hubiera dejado en la persuasión de que era la tuya, me hubiera ciertamente mirado bien antes de aventurarme á hacer triunfar otra; y sin embargo, añadid con convicción, me hubiera costado trabajo; cuanto mas reflexiono, adquiero mas certidumbre de que mi sistema es el unico razonable y verdadero.

—No hay nada mas verdadero y razonable que lo que quiero el ministro, respondió Armand; y la prueba es que he perdido mi porvenir, porque no tardaré en recibir la noticia oficial de mi desgracia; no quiero hacerme ilusiones.

—Vamos, querido primo, en lugar de desesperarnos, busquemos entre los dos algun medio de evitar esta desgracia.

—Ah! no veo ninguno, respondió Armand dejando caer la cabeza sobre el pecho con el mayor desconsuelo.

Después, levantándola de repente á los pocos minutos de silencio: —Ah! sí, en efecto, esclamó, veo uno... pero solo se puede emplear con tu consentimiento.

—Entonces te has salvado, le dijo Jorge con alegría; es muy justo que el que ha hecho el mal lo repare.

—Pero, replicó Armand, se trata de una cosa que valdría muy poco su resultado si tú no te encargas de hacerla... Comprenderás en efecto que tendría muy poca gracia que te acusara yo mismo...

—En efecto, le interrumpió Jorge, tienes razon; el ministro debe conocer al verdadero culpable, y es mejor que sea por medio de una confesion que de una denuncia.

—Eso mismo.

—Nada mas sencillo; pido una audiencia, y le digo que vos indisposición le precisó á confirmar la redacción de un asunto que no podía detenerse; que ya he cometido la falta; con esto no tienes ya que temer su enojo, que sería una injusticia cayese sobre él.

Mientras que Jorge corria al ministerio, Armand recibió la visita de M. Dumesnil, que ácosado por las instancias de M. de Brevannes, venía al fin á entenderse con su futuro yerno, y á fijar el día en que había de firmarse el contrato. M. Dumesnil, como todos los de las colonias, fumaba mucho; no podía tratar el asunto mas grave á el más ligero sin tener el cigarro en la boca; se podía decir que la mayor ó menor luzidez de su razon estaba en relacion con la atmósfera de humo que le rodeaba. Su primer palabra, después de los saludos de costumbre, fué pedir fuego á Armand: este colocó una hogita al lado de M. Dumesnil, y le dió el primer papel que le vino á la mano. Nuestro colono se sentó y se puso á encender el cigarro; durante esta operación, sus ojos se fijaron por un momento sobre el papel, que estaba escrito.

—Ah! ah! dijo con aire de sorpresa.

—¿Qué es eso? preguntó Armand.

—Nada... la llama, que se acercó demasiado á mi dedo.

Y M. Dumesnil, después de haber apagado el papel, le leyó rápidamente y le guardó por distraccion en el bolsillo; y en lugar de tratar el objeto de su visita, se puso á hablar de cosas indiferentes, y se despidió de Armand á los pocos minutos.

A penas había salido entró Jorge.

—Y bien?

—Mi querido Armand, he visto al ministro; pero creo que no heans elegido buen medio.

—Me haces temblar.

—Por lo demás, no puedo decirte nada positivo; después de haberme escuchado con mucha atencion el ministro me respondió con voz muy seca: «De doy las gracias, caballero, por esta explicacion; podeis prevenir á vuestro primo que hoy como con su padre, y que aprovecharé la ocasion para disculparme.»

Armand fué de la misma opinion; no encontró mas seguro que el facilismo de esta respuesta, y su ansiedad crecia á medida que se acer-



caba la hora de comer, que le pareció haber llegado muy pronto. Era una comida de familia, á la que asistia solo un extraño, el ministro. Armand y Jorge se quedaron igualmente sorprendidos de la acogida que les hizo cuando se presentaron en el salon: lo que se mostró de indiferente con el primero, se mostró de amable y obsequioso con el segundo. El ministro, prévia una señal de asentimiento, que le hizo M. de Brevannes, se volvió hacia Armand, y le dijo:

—Me apresuro, caballero, á confesaros la doble falta que cometí esta mañana; he hecho recer sobre vos el mal humor que otro habia provocado, y este mal humor mal aplicado encerraba la torpeza no menos grave de no ser fundado. Ilustrado por la reflexion, me he convencido que las conclusiones establecidas en el informe eran mas claras, mas lógicas y mas profundas que las mias; de modo que no era resentimiento, sino reconocimiento lo que debía á su autor. M. Jorge me permitirá que le manifieste aquí altamente mi gratitud; es una deuda adquirida con tanto mas placer, cuanto que me ha sido facil reconocer por el estilo el verdadero autor de todos los trabajos que hasta ahora me ha presentado su primo.

—Mi hijo! esclamó á su vez M. de Brevannes echando á Armand una mirada severa; yo soy quien he exigido de mi amigo que os dé esta leccion; deya que la aprovecharis para lo sucesivo.

Armand, colocado de vergüenza, tenía los ojos fijos en el suelo; pero su confusión fué mucho mayor cuando M. Dumessnil, sacando de su bolsillo un papel medio quemado, exclamó:

— Mi querida Lucía, la explicación que buscábamos se ha hecho muy sencilla; de la misma mane salían los informes del secretario y las cartas amorosas del pretendiente.

Armand ensayó introducir algunas palabras; M. Dumessnil le interrumpió enseñándole el papel.

— No hacía falta, pobre joven, conservar este borrador, escrito de mano de tu primo, y mucho menos dárteelo para encender el cigarro.

¿Que sucedió? Finalmente lo adivinarán nuestros lectores: desde el día siguiente Armand vió ocupar á Jorge su plaza de secretario, y tres semanas después se firmaba un contrato en casa de M. Dumessnil; era el de Jorge y Lucía.

En el momento en que esto escribimos, Jorge es uno de los miembros más distinguidos del Consejo de Estado: en cuanto á su primo, posee la única celebridad que fué apto para adquirir, la de sus locas prodigalidades.

MARIA.

NOVELA

POR PABLO GAMBARA.

[Conclusión.]

En el colegio á que me refiero, los bandos estaban divididos por la edad lo mismo que por las ideas. Las ancianas, que tenían por razon la costumbre, se apñaban á la sombra del antiguo régimen, mientras las jóvenes, tomando la palabra libertad por la facultad de cumplir sus caprichos, y traduciéndolo de romper las cadenas por hallar las costumbres y las trabas que tan contra su gusto las sujetaban, levantaron bandera por el nuevo sistema, apesrándose á comprar la Constitución, que leían y releían como en otro tiempo los libros de misa, aunque sin entenderla mas que si estuviese escrita en latín. Algunas de ellas, llevadas por el deseo de reforma, exigieron que en el refectorio, en vez de los libros piadosos que por antigua costumbre se leían durante la comida, se leyese la Constitución; pero la rectora, que era anciana, y por consiguiente monárquica pura, fingió ceder, y puso en el atril el libro de las constituciones del colegio, cuya lectura produjo bastante mal efecto en aquellos Caúlfinas con faldas.

Maria á su entrada en el colegio contaba apenas diez y seis años, y ni su corazón ni su cabeza se habían formado enteramente, pues á esta edad todos los sentimientos y todas las ideas están en capullo, á menos que circunstancias escepcionales las hayan abierto. Por regla general nuestra primera maestra es la desgracia, y Maria ignoraba á un su existencia: así es que su alma, ríca de vida, encerraba todos los gérmenes de las virtudes y de los vicios, y obra de la educación había de ser su desarrollo ó anonadamiento.

Los dos partidos beligerantes pensaron desde luego á verla en catequizarla, y la rodearon por un lado y por otro de seducciones. Por desgracia el camino de la virtud es áspero y sombrío, mientras que el del vicio está sembrado de rosas. Las ancianas no podían hablarla con su voz rascada sino de deberes pesados y de privaciones enojosas, mientras que las jóvenes desarrollaban á sus ojos los placeres más brillantes, daban una fórmula á sus confusos pensamientos, un objeto á sus deseos aun nacientes. Maria fué cogida en sus lazos, y como Eva, la niña de la trinidad histórica que representa en sí á toda la mujer, cedió al lenguaje artificioso de la serpiente.

Entre las jóvenes del bando á que se había adherido era notable una Lais en germen, hermosa como un ángel, pero depravada como un demonio. Su lenguaje acariciaba el alma como una rífaga perfumada del estío, pero abrazaba sus flores. Nacida para el placer, como el águila para la tormenta, la calma era para ella un tormento, y se burlaba estrecha en su celda como en una sepultura en que la hubiesen encerrado viva. Esta fué la primera amiga de Maria, á quien en sus horas de soledad y en la desesperación de la impotencia pintaba con el fuego del deseo comprimido los placeres del paraíso que ella había soñado en la agitación del mundo; y Maria, compartiendo su entusiasmo, la oía tan fervorosamente como á un profeta. Quizá en ausencia de su amiga una idea del deber se despertaba en su corazón; pero como sus no había pecado sino intelectualmente, sus recordamientos no tenían fuerza y pasaban como nubes sombrías sin dejar una huella de su paso.

Adelaida, así se llamaba la amiga de Maria, era hija de un antiguo brigadier que murió en uno de los últimos combates que dieron

en España las tropas de Napoleón. Este coronel, habiendo sido hecho prisionero, logró escaparse, y estuvo escondido en el Ferrol en casa de una viuda joven, que recibiéndole primero por caridad y patriotismo, acabó por trahar con él relaciones más íntimas, cuyo fruto fué Adelaida. Algunos aseguran que la Iglesia no bendijo estas relaciones; pero lo cierto es que cuando el coronel murió, la madre de Adelaida vino á Madrid, y pretendiendo personalmente conseguir una decente viudedad, en la corte contrajo nuevas relaciones con un empleado, que pasó á vivir á su casa en calidad de huésped, pues para casarse con él era necesario renunciar á la viudedad del coronel, y el sueldo del empleado no era suficiente para sostener la casa. Así vivieron varios años, hasta que formada Adelaida empezó á dar celos á su madre, que notó que su huésped la miraba mas tiernamente de lo que debiera, y que ella no le repelia. Entonces, para quitarse de cuidados, se arrojó á los pies de Fernando VII y le pidió para su hija una plaza de colegiala. El rey se la concedió, y Adelaida quedó encerrada en el colegio.

Esta ligera mirada sobre su vida anterior nos esclarece su educación arrojando gran luz sobre su carácter. ¿Qué frutos podía dar un corazón que no se había abonado con la virtud? ¿Qué pensamientos podía tener una joven educada desde sus primeros años en la escuela del vicio?

Adelaida tenía un amante que cuando entró en el colegio sobornó al jardinero, y por medio de él los dos jóvenes se hablaban en la huerta. Cuando estas entrevistas no podían tener lugar, se escribían cartas perfumadas en el género de Eloisa y aun en el de Niwon, y escusado es decir que Adelaida enseñaba sus cartas á Maria, porque entre dos jóvenes amigas estas confidencias son de rigor cuando en las cartas no hay nada que pueda ofender la honra. Maria se estaba bañando su alma en la poesía de esta correspondencia, y se avergonzaba de no tener tambien cartas que enseñar; así es que aprovechó la primera ocasión que se le presentó de tener un amante, y el elegido fué Aguilar. Le vió una noche que se dió un concierto en el colegio, y con un par de miradas buenas, algunas frases gastadas y un apretón de manos quedó ajustado el cambio de sus corazones. Maria especialmente se abandonó á aquel amor con toda la confianza de la inocencia, abdicando su voluntad entera en su amante como verdadera ena oreña, y sin preguntarse dónde la conduciera su pasión. Parecía imposible que en la condujera al cielo, Aguilar veía las cosas de otro modo, y no daba mas importancia á aquel amor virgen que al de una mujer gastada. Su divinidad de hombre de mundo no le dejaba pensar en si sería ó no un crimen arrebatarse su honor á una pobre niña que no contaba con otro dote. A esta sazón llegó el Carnaval.

El Carnaval es la época de la orgía y el aturdimiento: Madrid en aquellos días se viste de máscara, y cubriéndose el rostro con un antifaz para no avergonzarse de sus acciones, se entrega á los delirios del placer. Maria no le había visto jamás, y estaba curiosa de conocer por sí aquellos gozes tan ponderados y que su imaginación la poetizaba. Un baile de máscaras sobre todo era para ella un poema oriental.

Aguilar le propuso llevarla á uno si consentía en escaparse del colegio. Ella se negó al pronto; pero después vaciló, y al fin se dejó convencer por las razones de Adelaida que tenía tambien proyectada otra escapatoria igual. Las dos amigas discutieron su plan como dos autores el de un drama que piensan escribir juntos, y el día, á mas bien la noche convenida, administraron á sus celadas dos dosis de ópio que las hizo soñar durante diez y seis horas sueños mas bellos que los cuentos de las hadas, y descendieron andando sobre las puntas de los pies hasta la huerta, de cuya puerta interior poseían una llave falsa, de la cual como del ópio las habían provisto sus amantes.

Una hora después, disfrazadas con trajes de capricho, entraban en el salon del teatro del Príncipe.

El deslumbrante espectáculo del salon de baile, las luces de las arañas de cristal relleándose en el oro de los adornos, multiplicándose en los espejos y quebrándose en los aderezos de pedrería que coronaban los hermosos rostros de las bellas y elegantes damas radiantes de vida, de juventud y de alegría, los gritos de loco placer de las máscaras vestidas con trajes caprichosos, pintorescos y fantásticos como los personajes de un cuento de Hoffman, la tempestad de armonía que se derramaba á torrentes por la atmósfera ardiente y vaporosa, el estático movimiento del baile, las frases de amor que, semejantes á los globos de fuego de un juego de pólvora brillaban un momento y se perdían zumbando en la confusión, todo esto rodeando á la pobre joven que acababa de dejar su oscura y silenciosa celda, como un sueño fantástico, como una orgía infernal, la mareaba, la estasiaba, la anonadaba.

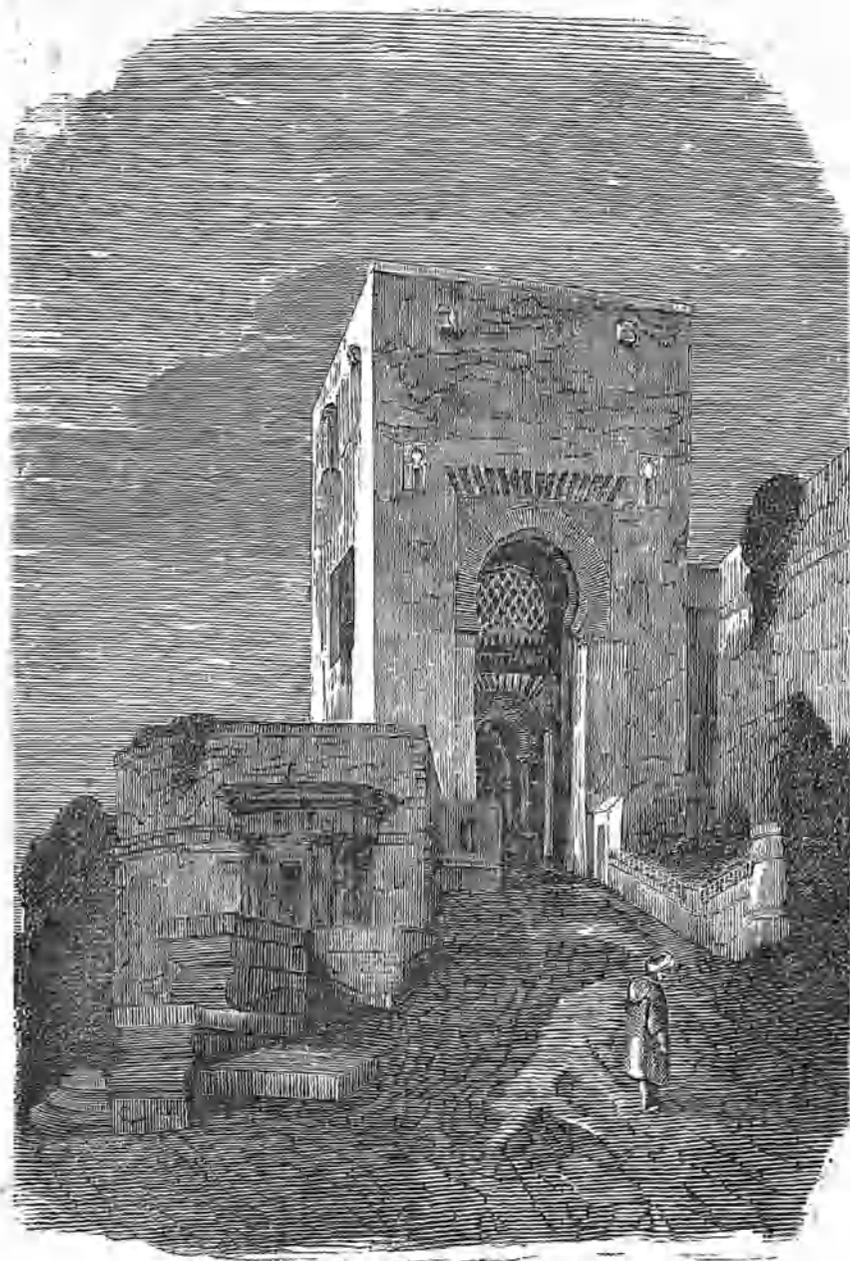
Maria se sentía próxima á desfallecer, porque sus costos sentidos se negaban á percibir á la vez tantas sensaciones. Su impresión, inconcebible para nosotros criados en el torbellino del mundo, donde las sensaciones violentas endurecen el alma como el cuerpo, solo es comparable al primer beso de amor, el placer divino que solo se goza un

vez en la vida, y el único que no deja en el alma la huella de ceno del castillo.

Aquel placer sin embargo debía de influir muy dolorosamente en la vida de María por la terrible catástrofe que le terminó. Cuando la mañana se acercaba á poner fin á la fiesta, el tablado del salón se hundió por un lado bajo el peso de los bailarines, que se hundieron en aquel oscuro abismo lanzando un grito de agonía que cubrió la orquesta con un ¡ay! de muerte que lanzaron mil pechos á la vez. Aun guardan memoria de esta desgracia muchas familias que perdieron en ella una persona querida. Entre las alegres víctimas se hallaba María, que fué

sacada de aquel repentino foso, desmayada y herida de gravedad. ¿Cómo trasportarla al colegio? ¿Cómo confesar su falta? Ella hubiera preferido morir.

Aguilar la llevó á su casa, donde permaneció oculta mientras que su familia y los directores del colegio se perdían en averiguaciones infructuosas para descubrir su paradero. Por lo que hace á Adelaida, había hallado demasiado divertida la vida del mundo para volver á su celda. El pájaro libre cantaba en las ramas sin ver nunca el porvenir mas lejano que la noche del día en que se hallaba y sin pensar en volver á su jaula.



(Puerta del Perdón en la Alhambra.)

—Pues que la vida es corta, decía, apresurémonos á gozarla; no desperdiciemos ni un minuto que pueda ser empleado en el placer. Esto es vivir bien.

Ignoraba que la virtud es la higiene del alma, como la higiene médica es la virtud del cuerpo, y que el medio de gozar mejor es arrojarle en el torbellino de los placeres.

La felicidad de María fué tan bella como breve; pues como ya sabemos, Aguilar se desprendió de sus brazos para arrojarle á los pies de una belleza venal, y despreció su amor angelico por un amor de pacotilla. Desengañada un día abandonó á su amante infiel llevándose á una hija, fruto de su culpable amor, y no atreviéndose á arrostrar las miradas de su padre justamente indignado, se recogió en Sevilla en

casa de la anciana Angustias, que en otro tiempo fué su criada y que la amaba como á una hija. Allí vivían las dos miserablemente de su trabajo, María bordando para las tiendas y Angustias haciendo calceta y asistiendo á las casas en que la llamaban, aunque para este trabajo cada día se sentía mas débil. Esta anciana era un corazón excelente. A pesar de la fraternidad que entre ambas había querido establecer María y que su situación reclamaba, ella se obstinaba en considerarla como su señorita; la evitaba los trabajos rudos, la mimaba en fin como á una niña querida evitándole en cuanto la era posible las miserias y privaciones á que su estado la esponía.

—¿Qué buena eres! la decía algunas veces María estrechándole la mano con efusión al ver su celo y desinterés; eres mi segunda madre.

Y Angustias al verle esto sentió que sus ojos se coajaban de lágrimas de agradecimiento, y se alejaba sintiendo téramo su corazón septuagésario.

—Para quitar el corazón humano es necesario descender á la desgracia, decía entonces la jóven quedándose sola, y se entregaba á sus reflexiones y á sus recuerdos.

IV.

Aguilar no se limitó á esta inútil conversacion, sino que después de ella se puso de acuerdo con Angustias, que entró en sus planes, porque tenían por único objeto el bien de su hija; así llamaba ella á María. La pobre jóven no sospechó nada, pues ninguna imprudencia dejó este secreto, y no viéndose importunada mas por Aguilar, se creyó enteramente olvidada. Contribuyó tambien á sostener esta idea el verle una mañana en un coche con otra jóven tan linda como desahogada, que parecia poner empeño en demostrar al público que era su amante. María al verlos no pudo menos de verter una lágrima silenciosa.

Mientras tanto su fortuna mejoraba visiblemente. Angustias la proporcionaba trabajos fáciles, que eran pagados á peso de oro; de modo que sin molestarse tenía mas de lo necesario; como se comprende, estos trabajos eran encargados y pagados por el amor del jóven poeta.

Este sentimiento desarrollado en la ausencia y florecido en ella, desmitiando la creencia vulgar de que el amor no puede respirar mucho tiempo sino en la atmósfera que embalsama con su presencia el objeto amado, arroja gran luz sobre la verdadera naturaleza del amor, y me proporciona lugar para desarrollar una teoría.

El amor, todos los fisiólogos convienen en ello, no es una pasión de la naturaleza, sino un producto misto que la sociedad ha conseguido, como los jardineros sus mas bellas flores, mezclando, injertando artísticamente dos ó mas semillas: el deseo brutal y la poética y vagarosa aspiracion del alma á lo ideal y á lo infinito, combinado con la simpatía magnética. Quiérase ó no de estos elementos, y el amor desaparece. Sin el deseo se reduce á la amistad; sin la simpatía á la lujuria, y el sentimiento poético es el lazo que une los otros dos, la base de esta delta sagrada. Ahora bien: la amistad mas pura se funda en un cálculo egoísta, tal vez desconocido del mismo que lo siente, porque nada es tan misterioso para nosotros como nuestro propio corazón, capero que no por eso existe menos; el amor es pues un sentimiento egoísta, y fundado en el cálculo en gran parte. El sentimiento poético, como probé otra vez en otro novel, que muy pocos lectores entenderán, porque no abundan los lectores filósofos, es una parte de la imaginación que embellece los objetos lejanos con una aureola celestial, ocultándonos sus imperfecciones como se nos ocultan las de los astros, y por consiguiente este sentimiento se nutre con mas fuerza á un objeto perdido que á otro presente, seduciendo á la simpatía, y despertando por él el deseo que es su satélite ciego y confiado. Diseñada de este modo al sentimiento y analizadas sus fibras motoras, se comprende facilmente el amor de Aguilar por María después de haberla perdido, semejante al que otros sienten por una amante muerta que apenas conocieron cuando viva.

Por otras causas, combinadas con las mismas circunstancias, produjeron en el corazón de María una revolución muy diferente. Seducida por la poética palabra de Adelaída, su alma había soñado con amores celestes, había humedecido sus labios con los encantados filtros de la dorada copa de la ilusion, y cuando sedienta de ellos se arrojó en brazos de Aguilar, la copa de su amor le pareció insípida, cosa de su ciclo poético á la triste realidad, y la helaba el miedo hasta el corazón, cuando intentando delirante abrazar el placer tanto tiempo deseado, solo hallaba bajo su manto de púrpura y oro los amarillentos huesos de un esqueleto.

Atada sin embargo á aquel hombre por su deshonra, había vivido en su compañía triste, pero sin exhalar una queja, sonriendo con la dulzura de una santa, y atesorando sus lágrimas en su corazón, rociando con ellas los arcas flores de sus ilusiones perdidas y de sus esperanzas marchitas en capullo.

Cuando la infidelidad de Aguilar le suministró un motivo para abandonarle, quizá los sentimientos anteriormente abismados en su alma, y que en aquel momento subieron á su superficie como el cieno á la del lago en la tempestad, fueron los mas ardientes consejeros de su separacion. Un amor verdadero hubiese sido menos orgulloso quizá, y hubiese buscado un momento para dejarse convencer y rendir por las súplicas de su amante. Llevada á efecto la separacion, María se sintió cansada del amor, descubierta de él, que no le habia cumplido ninguna de sus doradas promesas, y que la abandonaba al desprecio con una marca sobre la frente. El alma de María no estaba templada para la titánica lucha que otros mantienen con la sociedad; ángeles rabeldes, siempre hollados pero nunca vencidos; ella era débil como

una flor; cedia á todas las furas, y un viento demasiado fuerte arrancaba sus hojas, truncaba su tallo, y la arrastraba por el polvo. Además, su cuerpo, herido de muerte por la Isis, inflama en su alma con la incomprendible fuerza con que influye siempre nuestra parte física sobre la moral, fenómeno que será trivial cuando se aprecie debidamente el eléctrico mecanismo de nuestro pensamiento. Esta enfermedad, que la carcomía interiormente como un gusano fofoque que se alimenta en sus entrañas, unas veces la excitaba con la momentánea fuerza de la fiebre aferrándola puerilmente en las ideas mas caprichosas, y reaccionando luego la abandonaba á una languidez melancólica en que hasta el pensamiento era un trabajo superior á sus fuerzas. Entonces pasaba horas enteras con la mirada tristemente serena como el cielo en las tardes del otoño contemplando á su hija y preguntándose: ¿Cuál será su porvenir?

Las fuerzas de María se debilitaban por momentos; y si bien la sostenia su fuerza de voluntad, los esfuerzos que hacia agravaban su mal y aumentaban sus estragos. Ella lo sabia, pues la tisis era hereditaria en la familia de su madre, y pensaba con angustia en el día en que sus fuerzas se agotasen, como el reo en el día de su sentencia. Frecuentemente en medio de su bordado se detenía como si la faltase alba, y acedia llorando y sencamente retirando de su boca su pañuelo manchado de sangre; pero ocultaba sus padecimientos y sus temores á Angustias, que no los sospechaba, y seguía trabajando.

Por fin llegó el día temido en que el disimulo fué imposible, y María se arrojó en brazos de su compañera llorando y exclamando:—No puedo mas; ¿qué va á ser de mí! ¿qué será de mi hija!

Angustias asustada de esta revelacion trató de calmar su desconcielo, de engañarla haciéndola creer que era infundado, y corrió á casa de Aguilar á participarle la nueva desgracia.

—La verá morir, le dijo llorando, como he visto morir á su madre y á su hermana. Ellas tambien eran hermosas, parecían felices, y una noche el ángel de la muerte poniendo la mano en sus pechos ahogó los latidos de sus corazones!

—La salvaré, es necesario, es mi deber, exclamó Aguilar, cuya frente estaba bañada en sudor frío como el de un cadáver.

Y entre los dos formaron un plan para rodear á María de sus cuidados, sin que ella sospechase quien velaba por su tranquilidad; pues de otro modo, ó no los hubiese aceptado, ó hubieran acelerado la hora de su muerte.

Al volver á su casa, consecuentemente con este plan, Angustias dijo á María que acababa de pedir auxilios para ella á una junta de señoras, que llevadas de un plácido celo se dedicaban al socorro de los desgraciados, y que aquella tarde vendría á verla una de ellas. María exhaló un suspiro y se abandonó á una meditacion dolorosa, porque la humildad le verse reducida á implorar la caridad pública; pero se resignó por fin con su suerte aceptándola como una expiacion de su falta.

La fingida dama de caridad vino á la hora convenida. Era una señora anciana, de agradable aspecto, y de conversacion dulce é insinuante. La jóven la descubrió su corazón como á una madre, y la reveló los temores maternales que le atormentaban por la suerte de su hija. La dama le ofreció su proteccion para ella y Margarita, y se marchó ofreciendo volver.

Ignoro dónde buscó Aguilar esta consumada actriz, que años atrás sin duda puró el papel que habia de representar, sabó tan perfectamente de su empeño. Hay quien asegura que fué doña Damiana Yallorido, que entonces empezaba á entrar en la vejez y aplicaba á las buenas obras su conocimiento del mundo y su delicada educacion. Ego como quiera, aquella misma tarde vino un médico de parte suya; pero ya era demasiado tarde, y dijo menando la cabeza:—Está muerta, y el poder de la ciencia no alcanza hasta la resurreccion; sin embargo, ensayaremos todos los recursos, haremos con ella lo que con un hombre que ha caído en el mar y se está ahogando sin que se le pueda socorrer, que desde lejos se le arroja una cuerda aunque sin esperanza de que la coga.

El médico tenía razon. El Señor llamaba á sí á aquel ángel desterrado del pátrio cielo, que volvia á él los ojos cambiando por la estrobosa venda de la vida humana, quemándose los desnudos pies con las abrasadas arenas, y rasgándose con las quebras de las rocas. El dolor sin embargo no la habia purificado del todo: sus blancas vestiduras de inocencia estaban manchadas en todo, y como las telas de amantó, solo podian limpiarse en un fuego abrasador.

Aguilar inocentemente le sometió á esta castitizacion del vicio, á esta última prueba, después de la cual la jóven culpable podria volver á sentarse entre los ángeles sus hermanos, coronando su frente, no con la rosa de la inocencia, sino con la palma del martirio.

Una noche María se despertó después de un sueño un tanto apacible, y vió á poca distancia de su lecho al médico y á Angustias que hablaban en voz baja creyéndola dormida.

—¿Conque no hay esperanza? decía Angustias desconsolada.

—Solo un milagro podrá salvarla, respondió el médico; la ciencia

humana es impotente. Persuádala Vd. á que se disponga admitiendo los auxilios de la iglesia.

—Pobre hija mía! murmuró Angustias anegada en llanto.

En este momento se batió en el diálogo otra voz, que aunque habla muy bajo, penetró dolorosamente como un agudo puñal en el corazón de María, despertando sus sentimientos atargados, que se alzaron rugiendo como las fieras heridas en su sueño por la barra de hierro resistente del domador.

El personaje del lecho estaba oculto á los ojos de María por las cortinas del lecho; pero ella le reconoció sin verle: era Aguilar.

—Ensaya Vd. todos los medios posibles é imposibles, decía al médico, y no repare Vd. en el dinero: afortunadamente soy rico.

—Afortunadamente para nosotros, añadió Angustias; pues si no fuese por Vd., ya hubiéramos muerto de hambre, sedes, ella por el infortunio y yo por los años.

—Calle Vd., dijo Aguilar; cumplo mi deber.

Un momento despues, se marcharon el médico y Aguilar. Angustias salió para alumbrarles y abrir la puerta de la calle. Despues con el alma abrumada de dolor, volvió al cuarto de María y se acercó á su lecho para contemplarla en su sueño: pero apenas levantó las cortinas lanzó un grito de terror. El lecho estaba vacío; también lo estaba la cuna de Margarita, y de una ventana de la alcoba que estaba abierta pendía una sábana añudada, que sin duda había servido para la fuga.

V.

María salió de su casa, cediendo á un movimiento espontáneo, á un rapto del orgullo herido que la cegó el pensamiento, impulsándola á huir de los cuidados de Aguilar, como de un peligro horrible, y por huir de ellos durante algun tiempo, marchando sin direccion fija, atravesó diversas calles con el paso precipitado de toda persona fuertemente preocupada, y estrechando á su hija contra su corazón como su avaro su tesoro, salió de Sevilla, y hasta que llegó la noche estuvo vagando por la orilla del río.

La noche estaba oscura como su porvenir. La luna rojiza y medio velada entre las montañas de nubes que se cernían en la pesada atmósfera, reflejaba sus débiles rayos en el Guadalquivir, que parecia una anchá faja de plata inmóvil y silenciosa. Los dioses, que el otoño despoja de sus amarillentas hojas, se levantaban á trechos como espectros amenazadores, como gigantes esqueletos saliendo de sus lechos de muerte. Los reflejos del sol de la noche, perdiéndose entre las sombras de sus ramajes y las neblinas del horizonte, fingían formas monstruosas, caprichosas abortos, que el lenguaje y aun el pincel era impotente para definir. Si alguna luz, un fuego fatigó ó una lucerna brillaba entre las sombras; si algun ruido breve y temeroso producido por algun reptil que se escondía en su soterrado nido, se levantaba entre el silencio funerario de aquellos lugares, el miedo daba á la luz el fúidico reflejo de unos ojos cárdenos que flotaban en el espacio, y pasonejaba el ruido al rugir de un sudario que se arrastra con lentitud. La jóven contemplaba por primera vez el espectáculo de la naturaleza en el silencio y la soledad de la noche, y tambien como si atravesase la mansión de los muertos. Un frío glacial se extendía por entre su piel, y su corazón se oprimía con un terror vago é indescifrable, el mas invencible de todos para la reflexion, porque es meramente un instinto. La debilidad de su estómago, pues no habia tomado alimento en todo el dia, produciéndola una ligera fiebre, sobreescitaba su imaginacion y la estraviaba, haciéndola creibles los mas ridículos sueños del miedo: así es que caminaba durante horas breves como minutos y minutos largos como horas por la velocidad de sus pensamientos, precipitada, volviendo los ojos atrás al menor ruido, ó deteniendo de pronto el paso y el aliento, como si hubiese visto algun objeto terrible en la oscuridad, y luego dando un grito de agonía se lanzaba como una corza por entre los árboles. Una de las veces la respiracion le faltó en medio de su carrera y tuvo que asirse de un tronco para no caer. Sus ojos se cerraron, su frente abalida y helada, pero sudorosa, se inclinó como abrumada por su propio peso, y su pecho resonó con una tos seca y honda. Pero este vértigo pasó pronto, y la jóven, algo resuelta despues de él, elevó una oracion á Dios, la mas ferviente que pronunció en su vida, y se sentó fatigada al pié de un árbol.

En este momento oyó llorar á su hija, y enjugándose una lágrima, la miró murmurando:—Pobre hija mía! Si serás tan desgraciada como tu madre!

Luego descubriéndose el pecho quiso acallarla dándole de mamar, y comenzó á cantar la canción con que solia dormirle. Era una canción sin arte, escasa de cadencia, semejante á los cantares de los gitanos, pero que conmovía el corazón en el silencio y soledad de aquellos agrestes lugares. Además, aquella canción recordaba á María tiempos bien diversos, despertaba en su alma las dormidas memorias de la aurora de su vida, la casa de su padre y los halagos de su madre. Al

compás de aquella canción el llanto corría abundante de sus hermosos ojos, que se posaban sobre las tristes ruinas de lo pasado.

La memoria es un don fatal para el hombre: ella aumenta nuestros dolores en la adversidad con el recuerdo de los placeres perdidos, ofrece á nuestra vista el agua cristalina y fresca cuando jadeantes de sed vemos desfallecidos en las abrasadas arenas del desierto; ella en el dia de la felicidad se sienta á nuestra mesa como la sombra de Banco en el festin de su asesino, y turba nuestros placeres con sus recuerdos dolorosos. ¡Ay de quien no tiene en el fondo de su alma, oculto como un cadáver bajo la cortiente de un cristalino río, un rçenero de amargura, último resto de una ilusion perdida, que basta á envenenar las horas mas felices de nuestra existencia!

María meditaba en el drama melancólico de su vida, y arrullaba á su hija con su canción, que cantaba casi maquinalmente.

Pero Ernestina no cesaba de llorar, y apartaba el pecho con enojo. María la miró y tembló: su hija tenia hambre, y sus pechos estaban secos!

María lanzó un grito, y quedó como anonadada por esta nueva desgracia tan natural como imprevista: cuando creia á purado el cáliz de la amargura, este nuevo dolor venia á enseñarla que la desgracia es infinita, y que el hombre no puede decir nunca: Conozco todos los dolores!

Hubo un momento de desesperacion, en que María contempló con ojos delirantes la tranquila corriente del Guadalquivir, y pensó en arrojarla á él con su hija buscando en el seno de la muerte el reposo, la última esperanza de los desgraciados; pero el instinto de la vida pudo mas que su desesperacion, y dirigiéndose á la ciudad que entre las sombras se alzaba silenciosa como una montaña coronada por una débil aureola rojiza, dijo con el estóico acento del dolor en sus últimos grados: Tentemos el último recurso. Imploraré la caridad pública para la hija de mi delito.

Y luego añadió, alzando al cielo una mirada de mártir:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuántas lágrimas me cuesta una hora de locura!

Antes de que llegase á Sevilla, el alba empezó á iluminar los cielos con su pálida luz semejante á la de una anforcha colocada detrás de un lienzo espeso. A esta luz la naturaleza se despertó, y alzando la frente coronada de escarchadas flores, entonó un himno de armonía, una oracion al dios del amor y de la inocencia; pero María no se hallaba en estado de admirar las poéticas maravillas del amanecer. Con paso débil porque el insomnio, el hambre y el dolor habian agotado sus fuerzas, caminaba lentamente con su hija en los brazos respirando con dificultad, como si el aire le faltase, tocando honda y fatigosamente, sintiendo flagelar sus piernas y golpear sus sienes, y destellando de sus ojos negros un fuego calenturiento y sombrío.

Así se arrojó hasta Sevilla, á la cual llegó cuando la luz del alba la iluminaba con su resplandor vago y argentado, y cuando el primer reflejo del sol naciente, puro como la mirada de un niño, se reflejaba en la Fé que corona la Giralda.

Situóse en la esquina de una calle, y procurando cubrirse el rostro, esperó á que alguien pasase para implorar su caridad.

Pronto, un hombre embozado en una capa cruzó la calle con paso precipitado. María con el corazón palpitante se dirigió hácia él, ó mas bien tuvo intencion de dirigirse, porque la faltaron las fuerzas, y le dejó pasar sin dirigirle una palabra.

Pasó otro, y la jóven procurando cegar su pensamiento lo dijo con voz trémula: caballero...

El interpelado se detuvo.

—Una limosna por Dios, para mi pobre hija, murmuró María con un acento casi ininteligible.

El desconocido salía de una casa de juego donde habia perdido su fortuna, y por consiguiente tenia el humor negro y avinagrado: así es que se alejó, diciendo: Una limosna... á trabajar... Ponte á robar ó arrojate al Guadalquivir.

En seguida pasaron dos jóvenes decentemente vestidos, pero cuyos vacilantes pasos indicaban que salian de una de esas reuniones en que la juventud barroca se esalta, su org y su inteligencia inútilmente, por falta de objetos nobles en que emplear la superabundancia de vida que la abruma. El sol de la orgia agosta en flor las ilusiones y los sentimientos generosos de aquellas almas que disecan la vida en vez de gozarla, y aprenden sus resortes, estudian su esqueleto, en vez de deleitarse con sus bellezas. El materialismo gangrena aquellos corazones aun antes de que conozcan la generosidad y la grandeza, y desde muy temprano aprenden á hallar el lado ridículo de los sentimientos nobles, y asesinar una idea grande con un sarcasmo.

Aquellos dos jóvenes eran bellos; pero sus frentes estaban ya marcadas por el beso del vicio, y contraía sus labios la puntante sonrisa del escepticismo.

Al pasar junto á María, uno de ellos la miró el velo.

La joven exhaló un grito.

—Es muy linda, dijo el joven á su compañero, y añadió volviéndose á María: Mucho has madrugado, paloma ¿Quieres darme un beso?

—Dámelo á mí, dijo el otro, que aun tengo aquí dinero suficiente para comprarte un traje de duquesa.

—Parece muda como una estatua.

—Pues... «con los mudos, vida mía, hablo poco y hago mucho.»

—Déjenme Vds., caballeros, dijo María con lágrimas en los ojos, pues el dolor la quitaba hasta el sentimiento de su dignidad, que en otras mujeres eleva á su mas alto grado; y su voz fué un gemido tan tierno y tan dulce, partía tan del fondo del corazón, que movía á tiendad el oído. Pero la embriaguez de los jóvenes no era piadosa, y con la indiferencia con que hubiese arancado una rosa de su tallo uno de ellos acercó sus labios, húmedos aun de los besos besados de las cortesanas, á los labios secos y descoloridos de la joven, que lanzó un grito como si la hubiesen acercado un hierro candente.

—Zalamerías, dijo el joven: ¿tan feo te parezco que mis besos te repugnan? Acostúmbrate á ellos y luego te agradarán. Esto es como el beber cerveza: al principio enoja, pero despues deleita.

El rostro de María, que al pronto se habia cubierto de rubor, palidecia entre tanto con la palidez de la muerte. Sin soltar á Ernestina levantó sus manos como para llevarlas á la garganta, dió dos pasos vacilantes, exhaló un grito de agonía, y cayó sin sentido sobre las losas.

—Diablol dijo uno de los jóvenes, hasta las mendigas tienen nervios; yo creia que las señoras de alto rango tenian privilegio esclusivo para desmayarse.

—Bah! dijo el otro, es demasiado sensible; pero está por descifrar si este desmayo es de disgusto ó de placer.

VI.

Cuando María abrió los ojos se halló recostada en el sofá de una barbería y rodeada de personas desconocidas que parecian interesarse por su situación.

A su lado estaba el cirujano dueño del establecimiento. Era un hombre de 40 á 50 años, no muy alto, pero robusto de miembros. Su rostro fuertemente colorado, estaba sembrado de pequeños granos malherinos como el de César Borja, siendo esta la sola semejanza que tenia con ningún hombre célebre. Su nariz era larga y gruesa, sus ojos de un color indefinible, mezcla de azul verde y blanco, su rizada cabellera y sus patillas de *chevela* tenian el color rojo de que tan mal habian los refranes; pero deho de decir en honor de la verdad y para librar mi conciencia de toda sospecha de calumnia, que Juan Gutierrez, el honrado cirujano, era un hombre de bien que hacia mentir al refrán, y salvó de ser algo interesado, de prolongar algunos dias las curaciones y de entrometerse á recetar alguna vez en los casos reservados de la medicina, de ningún otro dello podia acusarsele.

Al lado de Gutierrez estaban los ayudantes y un alcalde de barrio que al parecer habia conducido allí á María.

En la puerta de la tienda se agrupaba una docena de curiosos desocupados.

De repente detrás de estos curiosos se oyó un grito, y un caballero se abrió paso con visible agitacion corriendo á arrojarse á los pies de María. Era Aguilar.

La joven fijó en él sus hermosos ojos que parecian brillar ya con un reflejo celeste, y le dejó coger su mano seca y sudosa que él cubrió de lágrimas y de besos.

—María, decía Aguilar en el delirio de la pasion, perdóname; he sido un infame contigo; he pisado tu corazón; he quebrado tus ilusiones; te he hecho infeliz en pago de tu amor virginal; pero te amo con delirio, y el amor verdadero, el amor tal como yo le siento por tí, todo lo purifica. Perdóname. No te nido que me aces porque desgraciadamente sé que es imposible. He roto en un dia de locura el lazo que unió nuestros corazones; y aunque el mio haya permanecido fiel, aunque su cariño se haya reconcentrado y hecho mas fuerte en la soledad, el tuyo solo puede sentir odio para quien le ha coronado de espinas. Tú eras un ángel y yo te he enseñado á odiar! Solo te pido que no rechaces mi amor, que le dejes devolverte lo que te ha quitado, rodearte de las comodidades de que careces, y devolverte la salud que por mi causa has perdido. Librame, te lo suplico por el amor que en otro tiempo me profesaste, librame del remordimiento que me atormentará eternamente si pierdes en el miserable estado á que te arrastró mi ceguedad. Si no lo haces por mí, hazlo al menos por nuestra hija.

Y al decir esto su voz estaba tan alterada que llegaba al corazón, y gruesas lágrimas se desprendian de sus ojos.

—Caballero, le dijo el cirujano en voz baja, acelera Vd. su agonía; ya á espirar, y...

María, con la increíble percepcion de oído que se desarrolla en los ataques, recogió estas palabras, que apenas comprendió Aguilar, y

lanzando al cirujano una mirada en que se leia un poema, se incorporó como si quisiese hablar; pero las fuerzas le faltaron, y volvió á caer sobre su improvisado lecho, lanzando un ¡ay! y llevándose las manos á la garganta con la angustia del que se ahoga.

En seguida volvió los ojos, que empezaba á oscurecer el velo de la muerte, hácia su hija, que tenia en sus brazos un vaciño, y se la señaló á Fernando con una mirada.

Aguilar la comprendió, y tomó á la niña en sus brazos.

Entonces María le tendió la mano, inclinó la cabeza, y de sus ojos corrió la última lágrima.

—¿Qué te ha parecido la escena? dijo uno de los curiosos á un amigo suyo cuando se alejaron, porque el drama se habia terminado.

—Me ha parecido, respondió el otro, tan sublime, que cayaba en la ridicula. Aquel caballero llorando como un niño me hacia el efecto de un loco. El dolor debe de arreglarse á ciertas fórmulas...

La conversacion fué interrumpida por la llegada de un tercero, que comenzó á hablar de toros, y nadie volvió á pensar en la trágica escena de la barbería.

EL SOLITARIO DEL BETIS.

ROMANCE.

Por las amenas orillas
del Betis, siempre frondoso,
que al mar con blanda corriente
lleva su cristal sonoro,

De interna pena afligido
Fifeno iba triste y solo,
interrumpiendo su llanto
á veces con sus sollozos.

En cada objeto que via,
se presentaba á sus ojos
de su mal y desventura
un recuerdo doloroso.

Undoso Betis, decía,
yo te ví un dia hecho un golfo,
y hoy reducido á la márgen
vas plácido y silencioso.

Bellos árboles, decía,
yo os ví un tiempo áridos troncos,
y hoy os miro florecidos
y acopados y frondosos.

Yo os ví, fértiles campiñas,
un tiempo eriales toscas,
y hoy llenas de opimas mieses
y de pastos abundosos.

Yo os ví, feraces colinas,
un tiempo nevados copos,
y hoy de Flora y de Pomona
ser pensiles deliciosos.

Yo os ví, pastores, un tiempo
sufrir las iras del Noto,
y hoy gozar las blandas auras
del regalado Favonio.

Yo vi ociosas vuestras redes,
pescadores del conorno,
y de peces plateados
llenas y henchidas las noto.

Al contrario fué mi suerte;
yo me ví un tiempo dichoso,
y hoy me miro desdichado
sin esperanza de gozo.

Todo cambia en este mundo:
su alteracion tiene todo:
menos mi mal perdurable
que no tiene al bien retorno.

Pues desde que perdí el bien mio,
el bien que perdido lloro,
no puedo ¡desventurado!
tornar á ser venturoso.

L. E. S.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de M. G. ALMADRE.